

El concepto kropotkiniano de revolución en el 15-M: ¿vigencia o evolución?¹

The kropotkinian concept of revolution in Spanish "15-M": effective or evolution?

JAVIER COLODRÓN VALBUENA

Universidade de Santiago de Compostela

RESUMEN

Tras décadas de aparente serenidad la sociedad española tomó las calles en mayo de 2011 para provocar lo que muchos consideran un hito en la Historia de los movimientos sociales. Este proceso revolucionario, pese a ser novedoso en sus formas, presenta ciertas características que recuerdan a las revoluciones del siglo XX. Es conocida la influencia de Kropotkin en las rebeliones españolas del siglo XX pero ¿siguen teniendo vigencia esos principios libertarios en la actualidad? El presente trabajo pretende dar respuesta a este interrogante estableciendo una comparativa entre el movimiento 15-M y la concepción elaborada dos siglos atrás por el pensador ruso. El resultado de dicha confrontación servirá para establecer el grado de vigencia de los planteamientos kropotkinianos en pleno siglo XXI.

Palabras clave: Kropotkin, revolución, 15-M, anarquismo, Revolución Española.

ABSTRACT

After decades of apparent serenity Spanish society took the streets in May 2011 to bring what many consider a landmark in the history of social movements. This revolutionary process, despite being new in its forms, has certain characteristics reminiscent of the revolutions of the twentieth century. It is known the influence of Kropotkin in the Spanish rebellions of the twentieth century but are still valid these libertarian principles today? This paper aims to answer this question by establishing a comparison between the 15 -M movement and the conception worked two centuries ago by the Russian thinker. The result of this confrontation will establish the degree of validity of the kropotkinians approaches in the XXI century.

Keywords: Kropotkin, revolution, 15-M, anarchism, Spanish Revolution.

1 El presente trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación "A nova esquerda e a violencia revolucionaria. Perspectivas comparadas da violencia política en América Latina e Europa (1960-1990), Xunta de Galicia, EM2014/13.

1. INTRODUCCIÓN

En la actualidad vivimos un momento histórico en que el modelo político instaurado en la tantas veces venerada Transición parece haber sido puesto en duda por una gran parte de la población que entiende que, en un contexto de crisis económica y social, la política española necesita una regeneración acorde con los cambios socioeconómicos acaecidos en las últimas cuatro décadas. El binomio democracia-mercado como “único marco admisible de convivencia y organización de lo común” (Fernández- Savater, 2012: 36), condimentado con el discurso del *no hay alternativa, es esto o el caos*, terminó por resquebrajarse ante el recrudecimiento de la crisis financiera de 2008 y la supuesta ineficacia de las instituciones de gobierno y los tradicionales partidos políticos. Surgen así alternativas populares de poder como el 15-M.

Dentro del 15-M, según explica Carlos Taibo en una de sus entrevistas², existían dos grupos contestatarios unidos por ciertos objetivos comunes. El primer grupo estaría compuesto por un colectivo de indignados hartos del desgastado sistema bipartidista pero alejados de planteamientos anti-institucionalistas, es decir, un conjunto de personas que pese a ser conscientes del colapso del sistema vigente creen que la solución pasa por una remodelación de las estructuras existentes. El segundo grupo, que será el que nos sirva de base para el desarrollo de este trabajo, sería el formado por “activistas de los centros sociales autogestionados y ocupados, del ecologismo, el feminismo y el pacifismo que no se han integrado en el sistema y por el sindicalismo resistente” (en muchos casos anarco-sindicalista), en definitiva, personas en las que encaja “la etiqueta de libertarios”³.

El sector de los conocidos como *antisistema* bebe de los planteamientos de muchos de los pensadores anarquistas del siglo XIX, añadiendo a estos ciertos matices que permiten su adaptación a la realidad socioeconómica actual. Por historia⁴, España ha sido uno de los lugares en los que el anarquismo europeo encontró mayor aceptación. En el caso concreto de la acracia española, el teórico con más peso fue Pitr Kropotkin. La influencia de este histórico libertario en la península durante la primera mitad del siglo XX ha sido evidenciada en multitud de ocasiones por la historiografía pero, ¿siguen apareciendo los principios kropotkinianos en los movimientos sociales más recientes?

Para intentar dar solución a este interrogante el presente trabajo pretende ahondar en los planteamientos que definen el concepto de revolución presente en la obra de Kropotkin y buscar paralelismos o diferencias con el levantamiento social surgido en Madrid y su posterior evolución. Dado que este último se trata de un movimiento aún hoy vivo, aunque ciertos sectores académicos lo dan por rotundamente muerto, este artículo no tiene como finalidad el establecimiento de unas conclusiones categóricas e incontestables

2 Véase “Entrevista a Carlos Taibo sobre *El 15-M en sesenta preguntas*”. En <http://www.carlostaiabo.com/articulos/texto/?id=355>.

3 *Ibidem*.

4 Véanse Saña (2010) o Termes (2000).

acerca del 15-M y su relación con el comunismo libertario. Aspira solamente a establecer unos patrones históricos comunes y a generar una inquietud intelectual acerca de unos acontecimientos que han marcado el pasado y el presente del Estado Español.

2. EL CONCEPTO DE REVOLUCIÓN EN KROPOTKIN

De acuerdo con las conclusiones extraídas por Jesús Civit (2006) en su tesis doctoral, el concepto de revolución puede ser considerado como el eje generador del pensamiento social y político de Kropotkin. Pese a que el autor ruso no dedica ninguna obra de modo específico a la exposición de su idea de revolución, el tratamiento teórico de esta aparece como una línea constante, explícita o subyacente en los diversos temas que trata a lo largo de su vida. Para Kropotkin la revolución es un todo. Un todo que debe de afectar de manera absoluta al conjunto de actividades del hombre como animal social. Para alcanzar *La Revolución* y no *una Revolución*, esta debe de remover los cimientos de lo social, lo político, lo económico y lo moral⁵. De este modo, para obtener una idea clara y definida de lo que supone la concepción kropotkiniana de revolución resulta ineludible la realización de un análisis compartimentado y pormenorizado de cada uno de los principios que la componen.

2.1. La Construcción de la Historia

A diferencia de otros teóricos coetáneos, Kropotkin sostiene que la lucha de clases no es el motor de la Historia si no que este se encuentra en la ayuda mutua, es decir, en la solidaridad. Aplicando unos principios puramente darwinistas⁶ el teórico moscovita sostenía que, desde el principio de los tiempos, entre los animales sociales existió una prevalencia general del instinto social sobre el instinto individual. Fue la cooperación solidaria lo que permitió a los grupos humanos desarrollarse y superar las dificultades. La ayuda mutua es algo persistente entre los hombres, algo que se hereda. La agresividad, en todas sus vertientes y pese a estar presente en la sociedad, es un elemento pasajero y accidental. Esta postura, que implica irremediamente una crítica a la lucha de clases como motor de la Historia, queda reflejada con claridad en la obra *El apoyo mutuo* (1970: 263):

“Las calamidades naturales y las provocadas por el hombre pasan. Poblaciones enteras son periódicamente reducidas a la miseria y al hambre; las mismas tendencias vitales

5 Es frecuente en la obra de Kropotkin la distinción entre *las revoluciones* y *la revolución*. Para el filósofo *las revoluciones* son realizaciones insuficientes, parciales e inacabadas de *la revolución*. *Las revoluciones* son solamente aproximaciones. Todos estos intentos nacen con la vocación de ser *la revolución* pero, al no alcanzar la totalidad que se espera del proyecto revolucionario, fracasan y se convierten en meros ensayos.

6 Véase su artículo “The Morality of Nature” en *Nineteenth Century and After*, Londres, marzo de 1905.

son despiadadamente aplastadas en millones de hombres reducidos al pauperismo en las ciudades; el pensamiento y los sentimientos de millones de humanos están emponzoñados por doctrinas urdidas en interés de unos pocos. Indudablemente, todos estos fenómenos constituyen parte de nuestra existencia. Pero el núcleo de instituciones, hábitos y costumbres de ayuda mutua continua existiendo en millones de hombres; ese núcleo los une; y los hombres prefieren aferrarse a estos hábitos, creencias y tradiciones suyas antes que aceptar la doctrina de una guerra de cada uno contra todos, ofrecida en nombre de una pretendida ciencia, pero que en realidad nada tiene en común con la ciencia.”

Como puede observarse, en su análisis sobre la evolución humana, Kropotkin destaca unilateralmente –adrede, según expresa en su obra– los aspectos sociales del hombre con el fin de contrarrestar la concepción, a su juicio simplista y convertida casi en “religión de la sociedad instruida” (Kropotkin, 1970: 19), de la lucha como motor de la evolución. Pese a esta intencionada acentuación del componente social, el filósofo no menosprecia “el papel que desempeñó la autoafirmación del individuo en el desarrollo de la humanidad” (Kropotkin, 1970: 20), es decir, concede una importancia decisiva a la individualidad en todo este proceso. El binomio *solidaridad-individualidad*, aparentemente antagónico, se presenta como un conjunto de fuerzas complementarias ya que, a pesar de que en la individualidad existe un claro componente de promoción personal, el carácter propio de la individualidad, entendido como afán de autosuperación, conduce a la confrontación de las normas establecidas que tienden a subyugar al individuo mediante la cristalización y petrificación de las estructuras sociales. En otras palabras, la individualidad está irremediabilmente ligada a “la liberación de vínculos sociales opresores” (Civit, 2006: 30). Es en este punto donde se unifican individualidad y solidaridad, conectando coordinadamente con la revolución. La actuación conjunta de estos factores estaría orientada de este modo a la consecución de una transformación que afectaría al conjunto de la sociedad y, por lo tanto, ambos han de ser tratados como un único elemento: la ayuda mutua.

Una vez identificados los componentes de la ayuda mutua y relacionados estos con la evolución y la revolución cabe fijar los factores que determinan el paso de una época a otra. Tres son los factores que el padre del anarco-comunismo menciona como constitutivos del proceso de cambio social: economía, política y moral. De la interacción de estos elementos surgen los cambios que se identifican con la revolución. Los dos primeros, economía y política, actúan sobre el cambio de una manera conjunta, como un perfecto ensamblaje. Tal y como expresa en su artículo “le Gouvernement représentatif”, publicado en la revista *Le Révolté* del seis de marzo de 1880, cualquier organización política “se adapta siempre al régimen económico, del cual es expresión al mismo tiempo que le consagra y mantiene”, es decir, el cambio económico precede y establece los procesos políticos. Teniendo en cuenta esta consideración se puede afirmar que para Kropotkin cualquier cambio en el ámbito económico acarrea inexorablemente una modificación del

entorno político. Sin embargo esta concepción, que podría ser suscrita por el más acérrimo de los marxistas, intenta alejarse de las interpretaciones que pudieran derivar en un determinismo economicista cerrado y mecánico en el que cae, en ocasiones, el marxismo. Para ello al elemento económico se le añade un componente olvidado por el pensador alemán: la moral. La relación de la moral con las modificaciones políticas y económicas queda de manifiesto al establecerse que “a medida que en las sociedades civilizadas crecen los medios para satisfacer las necesidades de todos los habitantes [...] aumenta la importancia de los postulados éticos” (Kropotkin, 1977:192). La falta de una base moral integrada dentro del proceso revolucionario provocaría un escaso desarrollo del individuo y una carencia de la fuerza creadora personal (iniciativa), contribuyendo de este modo a la transformación del hombre en el *autómata intelectual* de Herbart, absorbido en la contemplación y temeroso de las tempestades pasionales. Sin la ética, en definitiva se volverían a repetir los errores de un pasado que intentó acometer los cambios sin tener en consideración la naturaleza moral del ser humano. La mayor o menor presencia de la moral dentro de la sociedad es la que determina la humanización o deshumanización en las relaciones sociales. Una mayor presencia ética entre los grupos implica un mayor grado de humanización, lo que aumenta en cierta medida el apoyo mutuo e incentiva la aparición de cambios que repercuten positivamente en el colectivo:

“Entonces, y sólo entonces, [cuando el hombre actúe bajo unos principios de solidaridad y moralidad] llevaréis una existencia verdaderamente noble, completa y racional. Entonces veréis que cada esfuerzo vuestro en este sentido produce frutos en abundancia; y una vez establecida esta sublime armonía entre vuestras acciones y lo que os dicta vuestra conciencia, adquiriréis facultades que nunca soñasteis pudieran estar latentes en vosotros”⁷.

La solidaridad es la única manera de alcanzar un cambio significativo que repercute de manera beneficiosa en la sociedad. Las luchas, independientemente del objeto que persigan, suponen un coste personal y económico que juega en contra de una verdadera y positiva evolución humana, generando odios que convierten en percederos los cambios y limitan, por tanto, el marco de acción revolucionario.

Para Kropotkin los ciclos revolucionarios son parte de la evolución humana y se originan en la expansión de una conciencia social crítica –basada en la moral– que inspira el surgimiento del espíritu revolucionario⁸. La actitud crítica ante la injusticia y la opre-

7 “Aux Jeunes Gens” en *Le Révolté*, Ginebra, 25 de junio de 1880.

8 Para demostrar la validez de sus postulados Kropotkin utiliza los ejemplos prácticos de tres revoluciones: la Revolución Francesa, la Comuna de París y la Revolución Rusa. A través de estos arquetipos va desgranando y extrayendo los elementos comunes que pudieran estar presentes en todo proceso revolucionario. La concepción de los cambios revolucionarios como ciclos ofrece una mayor comprensión de la evolución social, no cayendo en el error de presentar estos acontecimientos como compartimentos estancos independientes del proceso evolutivo humano.

sión “levanta los ánimos de la rebeldía y siembra la semilla del espíritu revolucionario” (Civit, 2006: 40). Este germen genera una conciencia colectiva que inaugura el proceso de cambio revolucionario. La concienciación social produce esperanzas de transformación y proporciona un sentimiento de convicción en la posibilidad de materializar un cambio. Este entusiasmo comienza en círculos relativamente reducidos y sufre un proceso de expansión canalizado por la interacción social, que divulga y diversifica el espíritu revolucionario. Este último se caracteriza por un distanciamiento con el aparato legal, por una actuación distinta a la racionalidad jurídica y por una legitimidad discordante con la legalidad vigente.

Acorde con un pragmatismo que establece que el proceso revolucionario debe ser un fenómeno práctico y no teórico, Kropotkin señala la ruptura del orden como paso inicial de la revolución. Pese a su negativa de relacionar la revolución con actos violentos, reconoce que en esta etapa inaugural existe un componente de violencia –en forma de revuelta popular- que es, sin embargo, pasajero y en ningún caso representa la verdadera esencia revolucionaria. Con esta fase de ruptura comienza a desatarse toda la furia destructiva de la revolución, orientada hacia el aniquilamiento total del antiguo orden, de sus instituciones⁹ y, en la mayoría de los casos, de sus principales representantes. Unido a este afán rupturista, apunta Civit (2006: 41), el revolucionario moscovita señala la importancia de *la instauración del desorden*. El desorden no tiene una capacidad constructiva propia pero abre un mundo de posibilidades a la innovación, preparando el terreno para el surgimiento de una nueva sociedad. La profundidad y la espectacularidad de este proceso destructivo hacen que, en ocasiones, se confunda con el último paso de la revolución, lo que puede derivar en su rotundo fracaso. La ruptura violenta con el orden establecido es únicamente un elemento introductorio ya que solamente tras “la derrota de los antiguos gobiernos comienza la obra real de la revolución” (Kropotkin, 1976:145).

Tras este ciclo, que podría considerarse en cierto modo como un epílogo, comienza la fase ascendente de la revolución, la cual se caracteriza por una polarización de los agentes que intervienen en el proceso: revolucionarios y no revolucionarios. El ensanchamiento de la línea divisoria que separa a los partidarios de la revolución de aquellos elementos que no comulgan con sus postulados obliga al grueso de la sociedad a tomar parte a favor o en contra de cada uno de los polos enfrentados, en un claro “si no estás conmigo estás contra mí” que genera exclusiones por parte de los dos bandos. Este componente de exclusión anima a la creación de frentes comunes amplios que imposibilitan la existencia de elementos indefinidos o desdibujados y aúnan ideologías teóricamente heterogéneas

9 Kropotkin señala que una de las principales instituciones que derrumba el proceso revolucionario en su ímpetu inicial es la institución de la propiedad. Para llevar a cabo esto erradicación de la propiedad se debe de hacer uso de la expropiación. La expropiación, dentro del periodo revolucionario, irá ganando paulatinamente adeptos, dada la justicia que persigue. Este aumento de simpatías hará que las masas se interesen por lo público, discutan y debatan, participando activamente en la labor política y enriqueciendo de este modo el proceso formativo de la revolución. Para un conocimiento más detallado de este modelo de expropiación véase Kropotkin (1976).

dentro de un, cuanto menos curioso, crisol sociopolítico. Esto convierte el proceso en una pugna entre dos únicos bloques que persiguen la eliminación del otro. La oposición entre bandos debe de ser total, tan marcada que no exista posibilidad para un partido vago, indeterminado o a medio camino entre los dos. Este, tal y como señala Kropotkin en el capítulo cuarenta y uno de su obra *Historia de la Revolución Francesa* (2005: 313-318), es una de las principales tareas de los anarquistas, quienes deben de ser los encargados de incentivar la división de la sociedad “en dos clases, la que posee y la que carece de todo, excitando a la una contra la otra”.

Llegado al momento de la polarización el proceso de cambio entra en una etapa de no retorno en la que solo quedan dos alternativas: consumir la revolución o darla por perdida. Siguiendo la primera de estas opciones como único camino válido para el análisis del concepto kropotkiniano de revolución nos encontramos con la aparición del estallido social como siguiente paso en el proceso. En este punto el descontento y el espíritu revolucionario se encuentran tan profundamente incrustados en el seno de la sociedad que el fenómeno adquiere una fuerza de tal magnitud que es capaz de erradicar cualquier movimiento que lo impida seguir avanzando. El proceso revolucionario deja, en este momento, de ser feudo de un puñado de intelectuales de la clase media para pasar a manos del pueblo, convirtiéndose así en una especie de ente colectivo que en su avance va desechando tanto a los enemigos de la revolución como a los elementos moderados que quieren delimitar el desarrollo del proceso. El momento culmen de la polarización, convertida en estallido social, llega con la eliminación de los enemigos de la revolución, con quienes no debe de existir, según Kropotkin, consideración alguna. No importa si el enemigo es interno o externo, o si ha hecho méritos a lo largo de todo este ciclo, si supone un obstáculo para el desarrollo de la revolución hay que *pasar por encima de sus cadáveres*¹⁰. Como interpreta Jesús Civit (2006: 44), “la eliminación del oponente es la condición que exige el llevar a término la revolución”. La supresión del enemigo reclama una cierta preparación para la confrontación bélica, para la violencia en cualquiera de sus formas. Esto empuja a la revolución a dar un salto de calidad en lo referido a la estrategia y logística que le permitirá afrontar con mayores garantías el tramo decisivo del ciclo revolucionario, el que marcará el éxito o el fracaso de todo el proceso.

Es en esta fase donde Kropotkin coloca otro punto de inflexión. Consumada la eliminación del enemigo la revolución entra en una etapa en la que se produce una bifurcación. Se puede pasar a un ciclo de realización que lleve a la construcción de un nuevo orden o se puede entrar en un periodo descendente en el que se produce una parálisis

10 En su construcción de la revolución Kropotkin utiliza estas palabras, *pasar por encima de sus cadáveres*, cuando habla de aquellos sujetos –girondinos republicanos– que, durante la Revolución Francesa, colaboraron con la revolución pero, llegados a un punto, promovieron la idea de no llevar más allá el proceso. El pensador ruso señala que la verdadera revolución exige un cierto grado de intransigencia que permita que cualquier elemento, interno o externo, pueda ser radicalmente suprimido en caso de oponerse al completo desarrollo revolucionario. Para más datos véase Kropotkin (2005).

que forzosamente acarree una muerte de la revolución basada en la utilización del poder adquirido por esta para llevar a cabo la creación de un régimen político de una naturaleza similar a la del depuesto¹¹. Tomado el poder, surge el dilema entre dar una satisfacción inmediata a las necesidades de los sectores más desamparados de la sociedad o, por el contrario, posponerlo para realizar un fortalecimiento de las nuevas estructuras de poder. Teniendo en cuenta esta dicotomía, Kropotkin pone de manifiesto la existencia de dos modelos contrapuestos de revolución: la *revolución política*, que opta por estabilizar el aparato político del nuevo régimen, y la *revolución social*, que busca en primer término dar solución a la situación de miseria e injusticia que sufre el pueblo¹². Esta segunda tipología es la única que el moscovita acepta como válida para alcanzar la verdadera revolución. Afirma que para que la revolución tome cuerpo deben darse dos requisitos indispensables: una relación coherente entre los objetivos de la revolución y las necesidades populares y un periodo de tiempo largo “para que la idea revolucionaria pueda dar sus frutos” (Kropotkin, 1900: 77). Incide en la importancia del tiempo ya que concibe que “una sublevación de pocos días no puede hacer más que derribar un gobierno para poner otro [...], no puede cambiar en nada las instituciones fundamentales de la sociedad. Se necesitará un periodo insurreccional de muchos años para consolidar con la revolución un nuevo régimen en la propiedad y las agrupaciones humanas” (Kropotkin, 1900: 77). Esto significa que la revolución es un acto continuado, un ente vivo que ha de evolucionar conforme al progreso de la sociedad.

La revolución, una vez terminada la etapa de destrucción del antiguo orden, no puede dejarse en manos de las clases medias a la hora de llevar a cabo la reconstrucción social para evitar, de este modo, la reproducción del autoritarismo y las costumbres sociales depuestas. En la etapa de reconstrucción de la sociedad es necesario potenciar el desarrollo de relaciones sociales de inclusión y tolerancia. Esta política de inserción, augura Kropotkin, provocará una reunificación del cuerpo social que tenderá a dejar de lado el autoritarismo y a sostenerse mediante “el acuerdo libre, las costumbres sociales y la colaboración de todos” (Civit, 2006: 47). La nueva sociedad, por tanto, unirá esfuerzos en la construcción de la vida social. Esta labor integradora contribuye, además, a aminorar las posibles tentativas de recuperación del poder por parte de la reacción. La revolución social no puede mirar atrás, a lo realizado, ha de mirar siempre hacia adelante, a lo que falta por hacer. Para ello no debe de establecer un régimen institucionalizado e inmovilis-

11 Este deterioro viene marcado, según el filósofo, por el factor político-económico del *bienestar*. Optar por un tratamiento erróneo del bienestar paraliza el ímpetu inicial hasta provocar una paulatina extinción del espíritu revolucionario.

12 Nuevamente Kropotkin se basa en la experiencia de la Revolución Francesa para dar una justificación a sus postulados. Para él, el principal error en que cayó el movimiento galo queda evidenciado en la frase de Billaud-Varenne “primeramente la República, las medidas sociales vendrán después” (Kropotkin, 2005: 428). Esto frenó el empuje comunista e hizo fracasar tanto a la revolución como a la República, la cual terminó cediendo ante los intereses de la burguesía. Véase “Las minorías revolucionarias” en Kropotkin (1900: 75-82).

ta, sino que debe de adaptarse continuamente a las necesidades sociales y a las vicisitudes de cada momento.

2.2. Agentes de la revolución

Como recoge Jesús Civit (2006) Kropotkin apunta varios agentes que participan en la conformación y el desarrollo de todo proceso revolucionario. Identificar con claridad estos agentes resulta, con frecuencia, una tarea complicada. Esto se debe a la propia complejidad y variabilidad del proceso revolucionario, el cual, en ocasiones, tiende a ocultar a los verdaderos protagonistas o, incluso, a presentar un aura mesiánico a elementos que tienen un papel secundario dentro de la revolución. Según la interpretación que el observador externo haga sobre el ciclo revolucionario, los elementos destacables pueden variar en relación con la teoría utilizada en el análisis.

Para Kropotkin el pueblo es el verdadero protagonista de la revolución. Constituye un cuerpo único que alberga en su interior a revolucionarios, obreros y campesinos. Es un conglomerado compuesto por la inmensa mayoría de las personas de un país, lo que provoca que sus intereses sean, por fuerza, “los intereses colectivos de la sociedad global” (Civit, 2006: 84). Basándose de nuevo en la historia de las revoluciones, Kropotkin establece que ningún movimiento revolucionario se origina en el seno de las instituciones representativas. Es en el pueblo donde surge el germen de todas las revoluciones¹³. El pensador ruso atribuye al pueblo, como protagonista del proceso revolucionario, cinco caracteres complementarios entre sí, recogidos y enumerados en la obra de Civit (2006): 1) la comprensión del significado de las acciones en el proceso, 2) la fijación de objetivos a lograr, 3) los criterios propios e independientes en la toma de decisiones, 4) la autonomía de organización y 5) la manifestación de fuerza y coraje.

Según esta visión, el pueblo es plenamente consciente de los objetivos que persigue y de la verdadera repercusión de sus decisiones a la hora de alcanzar sus metas. Llegado el momento de la revolución, el pueblo establece una división entre quienes buscan el establecimiento de un nuevo orden y quienes, por medio de la persuasión, intentan frenar el cambio¹⁴. De este modo, el pueblo puede aislarse de todo elemento ajeno al interés general de la sociedad y tomar sus propias decisiones sin la contaminación externa de elementos contrarrevolucionarios y optar, de manera independiente, por el modelo organizativo que considere más beneficioso. Se trata de una visión optimista de las capacidades

13 Véase Kropotkin (2016).

14 Dentro de quienes quieren entorpecer el desarrollo de la revolución por medio de la persuasión, Kropotkin coloca a las clases dominantes que, viendo peligrar su posición, ofrecen pequeñas mejoras al pueblo con el fin de aminorar su ímpetu revolucionario. También sitúa dentro de este grupo a quienes, habiendo participado en los primeros pasos de la revolución, quieren terminar con ella nada más obtener los primeros beneficios, no queriendo llevar la insurrección a cotas más elevadas. Este último conjunto de personas, pese a no estar nominados por Kropotkin de un modo concreto, puede ser identificado como el sector reformista de la revolución.

del pueblo, haciendo gala de una convicción plena en el acertado criterio de la sociedad en la toma de decisiones.

Este pueblo, en su labor como agente revolucionario, tiene dos modos diferentes de actuar: la actuación directa e independiente y la actuación coligada en forma subordinada. La actuación directa del pueblo se caracteriza por el protagonismo abierto del mismo. Con este modo autónomo de llevar a cabo cambios, el pueblo se otorga a sí mismo potestades hasta entonces en manos del Estado y las clases dirigentes. Por esta independencia en la toma de decisiones, Kropotkin señala cuatro características que definen al considerado como *actor principal de la revolución*: “el empuje, el espíritu organizador, un sentido práctico de las necesidades de la gente y una mezcla de ardor, entusiasmo y generosidad” (Civit, 2006: 86). Según queda de manifiesto en *La Conquista del Pan* (Kropotkin, 1976: 70):

“Si el empuje [del pueblo] es bastante fuerte, los asuntos tomarán otro giro. En vez de saquear algunas panaderías, para ayunar mañana, el pueblo de las ciudades insurrectas tomará posesión de los graneros de trigo, de los mataderos, de los almacenes, en una palabra, de todos los víveres disponibles. [...] Que tan solo el pueblo tenga las manos libres y en ocho días el servicio de abastecimientos se hará con una regularidad admirable”

En esta máxima se encuentra recogida toda la esencia de la visión kropotkiniana del pueblo. El pueblo, basándose en el impetuoso empuje que le otorgan sus improporcionables necesidades, tiene una capacidad innata para poner en práctica una serie de medidas efectivas que consigan paliar los padecimientos que el Gobierno, con sus instituciones y sus representantes, no ha sabido –o no ha querido– proporcionar al pueblo. Es en este momento cuando Kropotkin señala la importancia de las ideas del comunismo anarquista. Son los anarquistas, por sus planteamientos opuestos al gobierno y al institucionalismo, los que otorgarán al pueblo el empuje necesario para poder llevar la revolución hasta sus últimas consecuencias. Los anarquistas colectivistas no podrán alcanzar tales cotas debido a que el colectivismo, para poder establecerse, necesita “orden, disciplina y obediencia” (Kropotkin, 2005: 70), algo impensable dentro del desorden propio de una verdadera revolución. Esto hace recaer todo el peso de la revolución sobre los hombros de los anarco-comunistas. Esta sería, en resumidas cuentas, la actuación directa del pueblo: una serie de acciones inmediatas y espontáneas, con una rápida y efectiva organización, destinadas a otorgar una mejora urgente a la desoladora realidad social existente.

El segundo modelo de actuación que Kropotkin atribuye al pueblo es la actuación coligada en forma subordinada. Aquí el pueblo pasaría a ser un mero instrumento de acción en manos de las clases medias, las cuales lo utilizarían para “alcanzar un objetivo común” (Civit, 2006: 86). Volviendo al ejemplo de la Revolución Francesa, Kropotkin vuelve a situar en un primer plano la polarización de fuerzas. Para él, en un contexto de fuerzas enfrentadas, estas buscan construir una coalición amplia mediante la introducción de elementos que, si bien no comparten la mayoría de postulados, persiguen ciertos ob-

jetivos comunes. La concepción kropotkiniana tanto de los agentes como de los modos de acción revolucionaria, enlaza, de este modo, con sus premisas acerca de los ciclos revolucionarios. Dentro de este supuesto modelo de actuación, la acción racional recae en las clases medias. El pueblo estaría llevando a cabo acciones bajo los designios de un estamento ajeno. Las clases medias inculcarían sus ideas de emancipación al pueblo y se valdrían del espíritu revolucionario de este para derribar el antiguo régimen y erigir uno nuevo conforme a sus propios objetivos. Las clases medias aportan, dentro de este proceso, líderes políticos a la revolución, figuras importantes que cumplen la función de intermediarios en la formación del gran bloque *pueblo-clases medias*. Esta acción subordinada del pueblo no es necesariamente contraria y opuesta a la acción directa. Se trataría de un primer paso dentro del ciclo revolucionario. A medida que este avance, el propio espíritu revolucionario del pueblo irá depurando de su seno a aquellos elementos nocivos para el desarrollo pleno de la revolución.

Al margen del pueblo, aunque inserto en él, se encuentra otro agente fundamental en todo proceso de cambio social: el revolucionario. Integrarían este grupo todos aquellos que plenamente entregan sus vidas a la causa de la revolución. Estos, que se caracterizan por una mezcla de ardor, inteligencia, idealismo, altruismo y dedicación¹⁵, no suelen presentarse como un contingente numeroso. Son, por el contrario, un grupo reducido de miembros al que Kropotkin denomina *minorías revolucionarias*. Sin embargo, la desventaja numérica carece, a sus ojos, de importancia ya que “todos los grupos defensores de un ideal nuevo han empezado siempre siendo minoría” (Kropotkin, 1900: 75). Si sus ideas son lógicas y acordes al espíritu del pueblo, estas irán germinando, extendiéndose y abarcando, por consiguiente, sectores más amplios de población. Son estas minorías revolucionarias, que Kropotkin identifica con los anarquistas comunistas, las encargadas de liderar la acción revolucionaria del pueblo. Son, por tanto, los encargados de comenzar la revolución. Los postulados y las acciones de estos sectores será inmediatamente seguidas por el *tercer estado*, dado que “sus ideas han nacido de las entrañas mismas del pueblo, son el enunciado de lo que dicen y piensan los obreros y campesinos cuando salidos de la rutina cotidiana vislumbran en el porvenir un mundo mejor” (Kropotkin, 1900: 76).

Estos obreros y campesinos también cumplen su labor como agentes revolucionarios. Los trabajadores son tratados por Kropotkin como una especie de conglomerado unido por un modelo organizativo, las organizaciones obreras. Según el filósofo, estas asociaciones deben de contar en sus filas con los campesinos porque de otro modo “la emancipación del proletariado no será posible” (Kropotkin, 1900: 107). Otorga además una importancia vital a la construcción de una red propagandística en el campo capaz de llevar a cabo una labor similar a las existentes en los centros industriales. Esto será parte de un proceso integral de unidad proletaria que desembocará en la consecución de

15 Estos son algunos de los adjetivos que Kropotkin, en su obra *Memorias de un revolucionario* (2005: 753-763), otorga a algunos de los que, por su espíritu revolucionario, considera como ejemplo para las generaciones futuras: Guillaume, Elisée Reclús, Cafiero y Malatesta.

“dos legítimas aspiraciones: la tierra para el labrador, la fábrica para el obrero industrial” (Kropotkin, 1900: 108). La participación de los trabajadores en las asociaciones de trabajadores tiene, por lo tanto, que ser completa. Estas organizaciones deben, además, dejar de lado tanto la militancia partidista como sus aspiraciones parlamentarias. Solo de este modo podrán ser un pilar básico dentro de la revolución social. Si una revolución cae en manos de una dictadura del proletariado –identificando a esta con un determinado partido– las asociaciones obreras pasarán a cumplir una función legitimadora del partido y su aparato burocrático. Esto enlaza con uno de los pilares básicos del pensamiento kropotkiniano: la revolución como negación absoluta de cualquier forma de gobierno. El fin último de todo proceso revolucionario es la destrucción de las viejas instituciones y la instauración de un nuevo orden, no de un nuevo Estado. La instauración de un nuevo gobierno, aunque sea revolucionario, solo ocasionará obstáculos a la revolución ya que pronto se “transformará en parlamento, con todos los vicios de este” (Kropotkin, 1977: 131). La nueva dirección, pronto levantará un aparato burocrático que generará una serie de normas para hacer vales su poder. La creación de gobiernos revolucionarios fue el primer paso del fracaso de todas las revoluciones de la historia, por lo que “fuera del principio anarquista la revolución es imposible” (Kropotkin, 1977: 132).

En relación con la problemática que supone la instauración de un nuevo gobierno para el pleno desarrollo del proceso revolucionario se encuentra otro de los agentes señalados en la obra del *príncipe ruso*¹⁶, la clase media. El pertenecer a este estrato es algo que se encuentra en el sentimiento social, no en el nivel socioeconómico. Ser miembro de las clases medias es un motivo de exclusión del proceso revolucionario pero un sujeto de este estamento puede tomar conciencia, identificarse con el pueblo, pasando a ser parte de él, y de este modo participar de una forma activa en la revolución. La clase media, por su instrucción, da al pueblo parte de las ideas emancipadoras y utiliza el espíritu revolucionario de este último para derrocar al antiguo régimen que los oprimía. Sin embargo, una vez conseguido esto, sus aspiraciones burguesas predominan sobre su exiguo afecto por la revolución. Es en este momento cuando aparece el verdadero rostro de la clase media, la cara egoísta que les hace dejar de lado a su *instrumento de destrucción* para comenzar a satisfacer sus ansias de poder mediante la creación de un nuevo régimen dirigido por ella misma y estructurado, por lo general, bajo la forma de *gobierno representativo*. Esta ruptura de la alianza pueblo-clase media llega cuando la revolución toma una fuerza ya imparable. Se genera entonces una segunda polarización de fuerzas¹⁷. Con el ascenso de

16 Pitir Kropotkin es conocido como *El príncipe ruso*. Este apelativo se debe a que, por línea paterna, desciende del linaje de los Rúrik. La dinastía Rúrika reinó en la Rus de Kiev, así como en los principados que lo sucedieron, y en el Zarato Ruso hasta la llegada de los Romanov en 1613.

17 Al producirse el enfrentamiento con el antiguo régimen se origina la primera polarización. El segundo cisma, acaecido poco después de derrocado el anterior sistema, distancia al pueblo de las clases medias con el fin de ir depurando los elementos contrarrevolucionarios existentes dentro del bando afín a la revolución. Este proceso sigue los planteamientos expresados por Kropotkin cuando realiza su reconstrucción del ciclo revolucionario.

las clases medias la revolución entra en una etapa peligrosa para su pleno desarrollo. Por su “rechazo de las instituciones despóticas” (Civit, 2006: 98) y su supuesto programa de libertades vinculadas más a lo económico que a lo social, las clases medias tienen un enorme poder de atracción. Sin embargo, basándose en lo acontecido en la Revolución Francesa, Kropotkin advierte que ese clima de libertad económica deja paso a una intervención de la clase media en favor de los terratenientes, difuminando el ímpetu revolucionario e instaurando con ello un nuevo sistema de dominación sobre los trabajadores.

En resumen, y a grandes rasgos, Kropotkin establece cuatro agentes que participan en toda revolución: el pueblo (que contiene alguno de los demás elementos), el revolucionario (factor que ejerce de catalizador), el proletariado (que incluye a obreros y campesinos) y la clase media (en su labor tanto revolucionaria como contrarrevolucionaria). Cada uno de estos actores cumple una función dentro del desarrollo de la insurrección. El pueblo desempeña el papel principal. De él emana el espíritu revolucionario que permite llevar a cabo el derrocamiento del régimen establecido y la instauración de un nuevo orden social. La figura del revolucionario –encarnada en los anarquistas– será la encargada de comenzar todo el proceso mediante una dedicación plena a la revolución. Para que el esfuerzo llevado a cabo por los revolucionarios tenga el calado social suficiente para poder llevar a buen puerto el proceso revolucionario, este debe de estar canalizado hacia las masas proletarias tanto en el campo como en las ciudades, pues es de estas de donde tiene que salir el empuje final que dé forma y sentido a la revolución. En esta etapa inicial de concienciación resulta clave la participación de las clases medias, las cuales, gracias a su formación académica, inculcarán al pueblo los principios sociales y éticos por los que ha de regirse la transformación de la sociedad. No obstante, este último elemento debe de transformarse en pueblo para poder continuar siendo un agente revolucionario, de lo contrario pasaría a convertirse, inevitablemente, en un cuerpo contrarrevolucionario que debe ser depurado por el bien de la revolución. Por tanto, y como hemos podido observar, los agentes revolucionarios desarrollados por Kropotkin son un conjunto heterogéneo de elementos de cuya relación e interacción dependerán el éxito o el fracaso de toda la revolución.

2.3. Recapitulando una concepción diseminada: síntesis de la *revolución kropotkiniana*

Como recoge Jesús Civit en la tesis que sirve de base estructural al presente trabajo “el vocablo revolución aparece permanentemente en los escritos de Kropotkin” (Civit, 2006: 292). La mayor parte de las veces, el autor ruso utiliza el término para hacer referencia a rebeliones pasadas (Revolución Francesa, Commune de París y Revolución Rusa) que le sirven como ejemplos palpables sobre los que articular su concepto de revolución. A través de estas experiencias fallidas¹⁸ comienza a extraer factores comunes a

18 Recordemos que Kropotkin no considera a *sus tres grandes insurrecciones* más que como *unas revoluciones*. La revolución (con el artículo *la* delante) aún no se ha conseguido y, por ello, habla de este

todas ellas mediante las cuales establece los patrones que constituirán *la revolución futura*, la verdadera revolución. Esta concepción futura se muestra dentro de la excelsa obra kropotkiniana como una obsesión para el autor. El futuro, en más de una ocasión, se funde con el pasado en una especie de paradoja filosófica destinada a realizar una construcción idealizada de *la* revolución venidera separando y suprimiendo, para ello, los aspectos perniciosos que empujaron al fracaso a los anteriores intentos de revolución social.

La revolución, para que realmente lo sea debe de ser universal. La evolución de las relaciones internacionales, ya en el siglo XIX, imposibilitaba la creación de un proceso revolucionario local, regional o incluso nacional. La parcelación revolucionaria resulta impracticable debido a los “lazos de solidaridad que se han establecido en Europa y dado el equilibrio inestable de todos los Estados” (Kropotkin, 1900: 31). Según su visión, “un movimiento iniciado en un país se extenderá necesariamente a todos los países” (Kropotkin, 1900: 32). La globalización de la lucha es uno de los principales rasgos que, para el autor moscovita, debe tener cualquier revolución digna de llevar ese nombre. Además, las acciones de un levantamiento social que aspire a ser integral y definitivo tienen que ser, por fuerza, radicales. El alzamiento no puede caer en el engaño de espejismos de cambios como los que ofrece el reformismo y el constitucionalismo. El reformismo acostumbra a endulzar los oídos de los trabajadores con promesas de mejoras sociales, a menudo insuficientes incluso sobre el papel, que nunca llegan y terminan por diluir el espíritu revolucionario en un océano de excusas y demoras. El constitucionalismo, por su parte, establece un conglomerado de normas generales para el conjunto de la ciudadanía que, dada su generalidad, no ahondan en los casos particulares y terminan siendo ineficaces e injustas. El camino correcto, por tanto debe de ser un modelo social basado en un libre asociacionismo autogestionario y autosuficiente, es decir, un sistema en el cual las relaciones socioeconómicas no vengán marcadas desde arriba sino en el que sea el obrero quien, dependiendo de su capacidad y de sus necesidades, intente “arreglarse las cosas el mismo” (Kropotkin, 1900: 32). Vemos claramente como, en su idea de revolución hay cuatro elementos clave fácilmente identificables: el internacionalismo, el antiestatismo, la autogestión y el trasfondo de una base social encarnada en el pueblo y en la figura del obrero.

Estos elementos, que se complementan y retroalimentan, interactúan entre sí por medio de las ideas y de la acción. La unión de ambas corrientes –ideas y acción– dan como fruto el nacimiento de la revolución. Esta hipótesis de corrientes interconectadas como motor revolucionario tiene como base de su fundamentación los hechos acaecidos en la Revolución Francesa¹⁹. Solo cuando el aporte teórico de las clases medias coincide y se combina con el pragmatismo inherente al pueblo, puede surgir un verdadero espíritu revolucionario. Con este planteamiento Kropotkin elimina cualquier atisbo que nos

fenómeno en términos de futuro. Hoy en día sigue sin haberse consolidado en la práctica un modelo revolucionario como el teorizado por Kropotkin.

19 Véase Kropotkin (2007).

podiera llevar a pensar en *la* revolución como fenómeno espontáneo. La revolución es el paso de la teoría a la práctica y por ello, inevitablemente, ha de contar con una idea primaria y propia que sirva como catalizador de la acción revolucionaria. Sin embargo, tampoco puede ser aleatoria la interacción del campo teórico y práctico. No basta con una mera coincidencia espacio-temporal, deben darse, además, unas condiciones objetivamente favorables para el desarrollo insurreccional. Es decir, la teoría y la práctica han de confluír en el momento oportuno.

Para que una revolución tenga lugar, las interactuaciones de todos los elementos enumerados en este apartado de síntesis deben converger hacia la implantación de un cambio de carácter radical. Las transformaciones políticas pasan, dentro del pensamiento kropotkiniano, a un estado de subordinación respecto de las modificaciones socioeconómicas. Si estas últimas son de naturaleza profunda y sustancial, las antiguas políticas adquiridas, junto con las instituciones que las nutren, carecerían de sentido y caerían en poco tiempo en el desamparo y el olvido. Las nuevas relaciones socioeconómicas llevan a los hombres a crear formas de agrupación alternativas que terminarán por acabar con el Estado. *La* revolución, por tanto no puede afectar solamente a una parte del orden establecido, debe de ser un cambio “inmenso, implacable, que venga no solo a derrumbar el régimen económico basado sobre la ruda explotación, la especulación y el fraude, la escala política basada en la dominación de unos cuantos, por la astucia, la intriga y la mentira, sino también a agitar la sociedad en la vida intelectual y moral, sacudir el estupor, rehacer las cosumbres, llevar al ambiente de pasiones viles y mezquinas del momento el soplo vivificador de las nobles pasiones, de los grandes entusiasmos, de los generosos ideales” (Kropotkin, 1900: 19).

Todo este radicalismo que propone Kropotkin conlleva, de manera forzosa, una globalización tanto territorial como social del fenómeno revolucionario. *La* revolución, debe de mostrarse como un hito dentro de la historia de la humanidad, por ello ha de suponer un cambio que supere los límites nacionales de cada pueblo. Si se aspira a crear un modelo societario que destruya el concepto de Estado y lo sustituya por un sistema de relaciones libres en régimen de paridad, los nacionalismos encargados de dividir a los pueblos carecerán de sentido. En consecuencia, *la* revolución será global o no será. La universalidad que Kropotkin aplica a todo el proceso abarca, además de al geográfico, al ámbito social. La nueva sociedad ha de basarse en unos novedosos vínculos de unión ciudadana, en unos nuevos valores morales e intelectuales y en unos principios político- económicos diferentes a los adquiridos durante el antiguo régimen. Es decir, debe remover cada palmo de la existencia de las relaciones del hombre como animal social.

3. EL 15-M Y EL ANARQUISMO: ¿UN RENACER KROPOTKINIANO?

El día 15 de mayo de 2011 arrancó en Madrid un proceso de movilización que para muchos supuso un hito en la historia de los movimientos sociales. Lo que empezó como

un llamamiento de varias plataformas²⁰ para llevar a cabo una multitudinaria manifestación en condena de la situación económica y sociopolítica que vivía España, derivó en una acampada-protesta que se reprodujo en multitud de pueblos y ciudades del Estado Español. La conocida en determinados círculos como *Spanish Revolution* comenzó como una forma de expresión práctica del descontento ciudadano ante el rumbo que había tomado una clase política cada vez más desconectada del pueblo con respecto a las medidas para solucionar la crisis. La posición gubernamental ante aspectos como los desahucios o las tasas del nuevo sistema educativo, funcionó como detonante de un proceso que, en un claro efecto bola de nieve, comenzó a realizar reivindicaciones que abarcaron cada vez más aspectos de la realidad social española.

Lo primero que llama la atención del movimiento 15-M es la forma en la que comenzó. Pequeños grupos de personas, mayoritariamente instruidas y experimentadas en las luchas sociales, iniciaron desde las nuevas plataformas comunicativas (redes sociales) una serie de llamamientos, independientes entre ellos, a la participación ciudadana. Según autores como Tarrow (2005), los movimientos sociales actuales se caracterizan, además de por su carácter global, por el uso de las nuevas tecnologías de comunicación, dada la horizontalidad que presentan en sus estructuras de decisión. En esto, la acampada de Sol no fue una excepción. La velocidad y capacidad de difusión que caracterizan a las redes sociales, unidas a la versatilidad que ofrecía la multiplicidad de convocantes, sirvieron para que el mensaje surgido en grupos a priori reducidos llegase a una enorme masa poblacional compuesta por personas de diferentes edades y estratos sociales. Es cierto que los miembros de las capas populares, especialmente la juventud, eran quienes más sufrían los efectos de la crisis económica y de la inoperancia política pero “la penetración de los factores de inseguridad y miedo en la cotidianidad de los jóvenes de clase media” (Nofre, 2013: 27) abrieron el abanico de participación social hacia un grupo social que desde la Transición española no se había destacado por su participación en los procesos de reivindicación social. Se creaban de este modo los dos grandes bloques que estarían enfrentados durante la *Spanish Revolution*: los llamados *indignados*, compuestos por trabajadores y clases medias, y el grupo de los poderosos, encarnado por políticos, bancos y cuerpos de seguridad del estado.

Es aquí donde encontramos los primeros planteamientos kropotkinianos aplicables al movimiento 15-M. Por un lado tenemos a una clase media con instrucción académica que sirve como canalizadora teórica del descontento ciudadano. Esta crea un discurso perfectamente estructurado y, mediante los nuevos canales de comunicación (obviamente no contemplados por Kropotkin), los difunde entre el pueblo, que será el brazo ejecutor del movimiento. Ambos agentes, el teórico y el práctico, coinciden en el tiempo y se

20 Las agrupaciones más destacadas entre las que convocaron la manifestación que daría lugar al 15-M serían: *Juventud en Acción*, *Ponte en Pie*, *Estado del Malestar*, *Plataforma de Coordinación de Grupos Pro-movilización Ciudadana* (más tarde *Democracia Real Ya*), *Juventud Sin Futuro*, *No les Votes* y *Plataforma Afectados por la Hipoteca (PAH)*.

unifican dentro de un contexto social propicio para el desarrollo revolucionario: la crisis económica. De otra parte encontramos la polarización de fuerzas de la que el pensador ruso habla en *Historia de la Revolución Francesa* (2005: 313-318). Los distintos agentes sublevados se unifican en un frente único, formado por elementos heterogéneos que comparten ciertos elementos en común, que permita ejercer una presión mayor sobre el orden que pretende derrocar. Tenemos por tanto que en lo que podríamos considerar el origen del movimiento 15-M, los planteamientos kropotkinianos definidos en el siglo XIX son perfectamente aplicables e identificables.

El movimiento, con unas ideas inequívocas de transformación social y de reformulación del orden institucional establecido, comenzó definiéndose como un proceso de cambio sin características definitorias absolutas, “un espacio de propuesta, de decisión, poco definido y muy dinámico”²¹. Gran parte del éxito del mensaje del 15-M se basaba en su supuesta horizontalidad. Las diferentes agrupaciones que en la práctica canalizaban por medio de portavoces el mensaje y la forma de acción de *los indignados* lanzaban a las masas congregadas la consigna de que esta revolución no defendía intereses de clase ni de partido, que era un movimiento en pro de los derechos fundamentales de las personas. Este hecho, hizo que personas a priori escépticas o contrarias a las organizaciones de corte socialista que solían monopolizar este tipo de acciones encontrasen en la *Spanish Revolution* la representación de sus intereses tanto particulares como colectivos.

Bajo un modelo de expresión asamblearia, el 15-M exigía un cambio político y social. Para ello, y dada la heterogeneidad de los diferentes grupos que conformaban la movilización, se estableció un *consenso de mínimos* que reuniese y concretase las propuestas comunes a todos los grupos. Surgió así el famoso manifiesto de *Democracia Real Ya*, que pretendía enfocar los esfuerzos de las distintas asociaciones hacia la consecución de unos objetivos universales que, aunque no cumpliesen con las aspiraciones últimas de todos ellos, fueran del agrado de la totalidad de ramos presentes. El primero de los puntos, *eliminación de los privilegios de la clase política*, aboga por aspectos como la “supresión de los privilegios en el pago de los impuestos, los años de cotización y el monto de las pensiones [...], la eliminación de la inmunidad asociada al cargo”²² y el control ciudadano sobre los cargos electos. La naturaleza de esta primera reivindicación pone de manifiesto que, para la *Spanish Revolution*, el aspecto político prima sobre lo socioeconómico. Para sus portavoces, “mejorando la participación en el sistema democrático podrían luego plantearse y alcanzarse los objetivos sociales y económicos” (Candón, 2013: 47).

Tras la preocupación política llegaban las peticiones del ámbito sociopolítico. El punto número dos, *Desempleo*, fue el siguiente en importancia para el conjunto de manifestantes. La elevada y creciente tasa de paro afectaba por igual a clases medias y bajas,

21 15M. cc- conversación con Miguel Arana. Entrevista reproducible en Youtube (<https://www.youtube.com/watch?v=A0cCJIR46co>)

22 Lista de Propuestas de *Democracia Real Ya*. Publicada en <http://www.democraciarealya.es/documento-transversal/>

por lo que los portavoces del manifiesto propusieron como solución una serie de medidas que contemplaban la protección contra el despido, la disminución de la jornada de trabajo, la jubilación a los 65 años y el aumento en los subsidios. El punto tres, relacionado con el desempleo y el empobrecimiento de la población española, estaba orientado a la resolución del problema de la vivienda. Bajo el título de *Derecho a la vivienda*, los *indignados* abogaban por la “expropiación de viviendas vacías y el aumento de las ayudas al alquiler” (Candón, 2013: 48). El tema de la sanidad y los *Servicios públicos de calidad* ocupaba el siguiente de los epígrafes del texto asambleario mediante una petición de abaratamiento y mayor accesibilidad a servicios básicos como la educación o la sanidad. Con un trasfondo político marcado por la actuación gubernamental frente a la crisis se exigía además un público *Control de las entidades bancarias* basado en la prohibición de los rescates públicos y de las actividades en paraísos fiscales y en la contribución bancaria al gasto social. El punto siete, *Libertades ciudadanas y democracia participativa*, retoma la temática política. Con él piden un cambio en el sistema electoral que establezca mecanismos de participación directa a la ciudadanía. El último punto establece una *Reducción del gasto militar*. Este epígrafe, que se encuentra sin mayor desarrollo que su título, no especifica medida alguna pero puede entreverse un aspecto económico oculto entre una tendencia pacifista.

Tanto en su autodefinición como en la creación de su *consenso de mínimos* encontramos elementos definidos con claridad dentro de la concepción kropotkiniana de revolución. La creación de un programa como el *consenso de mínimos* no hace más que reafirmar la presencia de la teoría de la polarización de la que hablamos en párrafos anteriores. El uso de un sistema asambleario para la toma de decisiones que Kropotkin enumeró como uno de los ingredientes indispensables dentro de toso coctel revolucionario, también se encuentra presente en el seno del movimiento español. Sin embargo, hay un elemento que difiere parcialmente del concepto kropotkiniano de revolución. Para el filósofo moscovita la revolución debe de comenzar con la transformación socioeconómica del antiguo orden. El 15-M da prioridad al elemento político. Es cierto que cuantitativamente el número de peticiones emanadas de la Asamblea de Madrid supera por un contundente siete a uno a las exigencias políticas pero, sin embargo, se encuentran supeditadas a estas últimas ya que, tal y como explica Candón (2013: 47), el 15-M entiende que solo a través del cambio político se puede llegar a la transformación socioeconómica.

Con estos planteamientos canalizadores, el movimiento 15-M comenzaba su pacífico pulso contra la estructura gubernamental del bipartidismo. Entre mayo y junio de 2011 la *Spanish Revolution* se extendió por la mayor parte del Estado Español. Decenas de asentamientos en decenas de lugares imitaban la forma y el discurso gestados en la acampada madrileña. La transmisión informativa por medio de las nuevas plataformas de comunicación alcanzaba cotas altísimas en redes como Twitter o Facebook²³. En relación

23 Según los datos de DatAnalysis15M en los primeros días se registraron más de cuatro millones de imágenes relacionada con el 15-M.

con este boom difusivo el 17 de septiembre de 2011 se produce un cambio en la magnitud del movimiento social español con el estallido en EEUU de *Occupy Wall Street*, un movimiento inspirado en el 15-M que comenzó en Lower Manhattan y se extendió a Boston, San Francisco, Los Ángeles, Portland y Chicago. Este hecho dio un giro globalizador a la movilización española. La colaboración internacional entre *Occupy Wall Street* y el 15M, agilizada por el dinamismo de las redes sociales, llegó a su culmen con la movilización mundial del 15 de octubre de 2011, el 15-O²⁴. El 15-O, también conocido como *United for #globalchange*, volvía a reproducir, esta vez a nivel mundial, las exigencias emanadas de la asamblea madrileña. La *Spanish Revolution* se convertía así en una revolución global que no entendía de partidos ni de nacionalidades, se trataba de una lucha entre “los de arriba y los de abajo”²⁵.

La etapa globalizadora del 15-M vuelve a mostrarnos la pervivencia de elementos kropotkinianos dentro del 15-M. Como señalamos en páginas anteriores el autor ruso afirmaba que la revolución será global o no será. Obviamente Kropotkin no podía prever en pleno siglo XIX la existencia de una plataforma de difusión como las redes sociales pero sí que era consciente de que el éxito de todo proceso revolucionario pasaba por la globalización del mismo. Pronosticó que la internacionalización del espíritu subversivo se produciría gracias a “los lazos de solidaridad establecidos y al equilibrio inestable de todos los estados” (Kropotkin, 1900: 31). Por tanto tenemos que, salvando el abismo tecnológico que separa ambas épocas, Kropotkin veía que en un contexto de crisis global “un movimiento en un país se extenderá necesariamente a todos” (Kropotkin, 1900: 32)

Tras el estallido internacional del 15-M entra en una fase distinta en la que el empuje inicial se estanca y su presencia tanto en las redes sociales como en los medios de comunicación tradicionales comenzó a remitir. La presencia de personas en las multitudinarias acampadas también se fue paulatinamente reduciendo, lo que motivó la necesidad de reestructurar un movimiento que con el desvanecimiento de su ímpetu original perdía gran parte de su efectividad. Para intentar mantener vivo el espíritu del 15-M, los representantes de los diferentes colectivos congregados dispusieron la creación de nuevas asociaciones vinculadas entre sí por un componente de solidaridad que, sin dejar de lado los puntos aprobados en la Asamblea de Madrid, diesen cobertura a las reivindicaciones particulares de cada uno de los colectivos. Surgieron así diferentes plataformas, asociaciones, cooperativas y partidos políticos que, en cierto modo, reivindicaban ser los guardianes de aquel movimiento ciudadano surgido el 15 de mayo de 2011. Sin embargo, y pese a los exitosos datos cosechados en las elecciones de 2014 y 2015 por PODEMOS, partido que se autodenomina continuador del 15-M, lo cierto es que la llama revolucionaria de la primera acampada ya no existe. Muchos de los valores apartidistas de los que presumía la *Spanish Revolution* ya no están vigentes tras la fundación del partido de

24 Abarca a países de todo el mundo: España, Bélgica, Francia, Italia, EEUU, Chile, México, Australia, Japón, Croacia, República Dominicana...

25 “Los anarquistas y el 15-M”, texto publicado en <http://info.nodo50.org> el 29 de mayo de 2012.

Pablo Iglesias. Es cierto que muchas agrupaciones surgidas del 15-M no tienen un objetivo parlamentario definido pero se encuentran en su mayoría vinculados, al menos por solidaridad, con *la formación morada*. Existen grupos que sí respetan el modelo de lucha original pero su dispersión nos hace poder asegurar que el 15-M, como tal, ya no existe, se diluyó en un maremágnum de sociedades que han dividido de alguna forma la fuerza inicial del movimiento.

Como cierre a este apartado dedicado a la identificación de concepciones kropotkinianas dentro de la *Spanish Revolution*, nos encontramos con el declive y la muerte del 15-M. Kropotkin afirmaba en sus escritos que la incursión o aparición de partidos políticos dentro del seno de cualquier movimiento revolucionario desemboca inevitablemente en el deceso del mismo. Considerando que la insurrección de Sol ha terminado como tal (aunque los grupos que surgieron de ella perviven), se puede observar claramente como el intento de hacer pervivir el espíritu revolucionario por medio de partidos políticos u otras instituciones jerárquicas supuso el comienzo del fin para la *Spanish Revolution*. La creación de un partido supuso la separación de parte de la heterogénea amalgama que era el 15-M. A partir de ahí cada institución comenzó a defender solamente los intereses sus sectores afines, tal y como predice Kropotkin, terminando de este modo con la horizontalidad del movimiento y estableciendo la jerarquización que impone la institucionalización de la política. Lo que pase en adelante es *historia viva*.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN (NO CERRADA)

Pese a lo difícil que resulta analizar un movimiento tan reciente como el 15-M, la celeridad en su desarrollo nos permite lanzar algunas conclusiones que, sin pretender ser indiscutibles, nos dejan constancia de la reproducción de planteamientos revolucionarios decimonónicos en pleno siglo XXI. Como hemos podido comprobar el 15-M, en su etapa formativa, cuenta con la presencia de los agentes señalados por Kropotkin como canalizadores de la revolución (clases medias y pueblo) en un contexto favorable a la insurrección. El dinamismo y la horizontalidad, así como un apartidismo que lo separa totalmente de cualquier planteamiento de corte marxista, son igualmente una parte del pensamiento kropotkiniano emulada durante el 15-M. Se trata, por tanto, de un proceso en el que se da esa igualdad, ese desprecio por los partidos y esa reconfiguración constante de los planteamientos internos que Kropotkin exige de cualquier movimiento revolucionario. También observamos la presencia del kropotkinianismo en la globalización de la rebelión producida gracias a las nuevas relaciones establecidas entre los pueblos y a la fragilidad de los estados.

Es en las demandas donde encontramos una disimilitud de planteamientos. La transformación socioeconómica que Kropotkin augura como inicio y base del cambio global no es vista como tal por los portavoces del 15-M. Estos se inclinan más por dar prioridad a las exigencias políticas, entendiéndose en consecuencia que priman la toma de

poder político como paso previo a la realización de unos profundos cambios económicos y sociales. En este punto se puede decir que sí que se acerca en cierto modo a la previa toma de poder político de la que hablan algunas teorías marxistas.

La etapa de declive y transformación (muerte para muchos) del 15-M también encaja dentro de la visión casi profética del *príncipe ruso*. La aparición de plataformas institucionales reguladas y de partidos políticos divide al movimiento y crea una nueva jerarquía que, pese a repetir incesantemente que son un instrumento del pueblo, cada vez se encuentran más distanciados del mismo. La creación de un partido político acaba con la autodefinición inicial de *la revolución sin banderas ni partidos* y, en consecuencia, termina con la esencia del movimiento. Por tanto tenemos que, salvando las distancias de la evolución tecnológica y exceptuando una evidente influencia marxista en la forma de plantear las exigencias de su programa, el 15-M se ajusta con una asombrosa exactitud a lo que Kropotkin define como *una revolución*. El fracaso final del movimiento, que aún puede no ser definitivo, impide que lo podamos enmarcar dentro del concepto de *La Revolución*, pero es innegable que, por su nacimiento y evolución, la *Spanish Revolution* podría haber ocupado un espacio en las páginas de la obra del autor ruso.

BIBLIOGRAFÍA

- CANDÓN, J. *Toma la Calle, toma las redes*. Sevilla: Atrapasueños, 2013.
- CIVIT, J. *La revolución en Kropotkin* Universidad Católica Andrés Bello de Caracas: Tesis doctoral, 2006.
- FERNÁNDEZ-SABATER, A. “Emborronar la CT (del “no a la guerra al 15-M). En VVAA. *La CT o la Cultura de la Transición*. Barcelona: de Bolsillo, 2012.
- KROPOTKIN, P. *El apoyo mutuo*. Madrid: Zero, 1970.
- *Ética: origen y evolución de la moral*. Barcelona: Dogal, 1977.
- *Historia de la Revolución Francesa*. Barcelona: Vergara, 2005.
- *La conquista del pan*. Madrid: Ediciones 29, 1976.
- *Memorias de un revolucionario*. Oviedo: KRK, 2005.
- *Palabras de un rebelde*. Barcelona: Centro Editorial Presa: 1900.
- NOFRE, J. “Del pacto social a la indignación; Geografía(s) de la #SpanishRevolution”. En *Generación indignada*. Lleida: Milenio, 2013.
- SAÑA, H. *La revolución libertaria*. Pamplona: Laetoli, 2010.
- TARROW, S. *The new Transnational Activism*. Cambridge: Cambridge University, 2005.
- TERMES, J. *Historia del anarquismo en España (1870-1980)*. Barcelona: RBA, 2000.